

Reflexiones acerca del trabajo de campo antropológico

Rosana Guber (Coord.). 2019. *Trabajo de campo en América Latina: experiencias antropológicas regionales en etnografía. Tomo I*. Bogotá: Campus editorial – Sb editorial.

Trabajo de campo en América Latina: experiencias antropológicas regionales en etnografía. Tomo I responde a un proyecto colectivo, iniciado a fines del siglo XX, que recopila décadas enteras de investigación y reflexión de antropólogos latinoamericanos sobre la labor etnográfica. Con el desafío de abordar una investigación “glocal” –que pueda ser mundial y regional al mismo tiempo–, la coordinadora Rosana Guber en la introducción resalta la importancia de atender a las especificidades nacionales y locales del trabajo de campo, para adaptarlo a las realidades latinas de investigación. Esta obra responde a lo que Krotz define como la “Antropología del Sur” (1993), cuestionando la posición subalterna al modelo universal de trabajo de campo, donde los antropólogos latinoamericanos son meros proveedores de datos, con una presencia limitada en debates teóricos y conceptuales de los espacios académicos anglófonos. Guber y Krotz reconocen una nula interlocución teórico-epistemológica en el campo antropológico, por falta de lecturas en lenguas extranjeras, y por una reciprocidad asimétrica de la información que incide en la calidad del trabajo de campo y en la legitimidad académica de los investigadores latinoamericanos.

Como mencionamos previamente, la coordinadora general de este libro es Rosana Guber. La autora tiene un Máster en Antropología Social por la Johns Hopkins University de EE UU y actualmente forma parte del Centro de Investigaciones Sociales del IDES/CONICET. Esta compilación busca ser un espacio de reflexión teórico-metodológico sobre la etnografía y su enseñanza en territorio latinoamericano y una revisión de los múltiples caminos que atravesó la “Antropología del Sur” (Krotz, 1993). En su momento *La etnografía: método, campo y reflexividad* (Guber, 2011) fue una propuesta del estilo, en donde la reflexión acerca del trabajo antropológico es comprendida como parte fundamental para el desarrollo crítico de la investigación. El primer tomo de este trabajo de investigación se divide en cuatro secciones: la primera se titula “Históricos”, con cuatro artículos; por su parte “La singularidad etnográfica”, cuenta con cinco trabajos de investigación. Las últimas dos secciones se titulan III. “Investigadores” y IV. “Enseñar etnografía en el campo y la ciudad”, ambas con cuatro publicaciones. Los textos están escritos por especialistas que provienen de diversas áreas sociales, pero que buscan hacer de este primer tomo un espacio teórico de reflexión sobre el quehacer del antropólogo.

“Históricos” recopila los aportes de cuatro antropólogos que sentaron las bases para la conformación de

una antropología de América, cada uno de ellos siguió diversos caminos de investigación. Sin embargo, en la lectura cruzada encontramos lo que Krotz en el prólogo llama “aires de familia”. En otras palabras, ellos consideran a la Antropología como ciencia de la observación a partir de un trabajo etnográfico. La antropología latinoamericana tomó como referencia los aportes de los antropólogos post-evolucionistas del siglo XX, igualmente, existen claras diferencias con la antropología europea: el contexto latino requiere de un compromiso sociopolítico inherente a su práctica.

La sección se inicia con el trabajo de Marilyn Rhenfeldt quien hace un recorrido por la carrera de la antropóloga eslovena Branislava Susnik entre 1956 y 1960. Según la autora, Susnik fue “el bicho raro” y la madre de la antropología paraguaya con su estudio del Chaco Boreal. Además, ella supo vincular la etnohistoria y la etnología latinoamericana con el fin de iniciar proyectos de investigación interdisciplinarios.

El segundo estudio del apartado corresponde a la obra consagratoria de Esther Hermitte “La observación por medio de la participación”, publicado por primera vez en el año 2002. Hermitte es una antropóloga argentina de referencia ineludible para estudios sobre reflexividad y etnografía a partir de la *observación participante*, método que permite ver más allá de lo superficial. Retomando los aportes de Malinowski sobre el trabajo etnográfico, nos invita a volver a ver las cuestiones prácticas del campo, que consta de tres etapas: la *iniciación*, que implica un primer acercamiento a la comunidad; la *profundización*, que requiere del abordaje del problema de estudio y un vínculo con los informantes, y, por último, la *readaptación* a la propia sociedad, que se da una vez que el trabajo en el campo finaliza.

En diálogo con Esther Hermitte, Roberto Cardoso de Oliveira retoma las tres etapas antes mencionadas de aprehensión del trabajo antropológico y les atribuye una acción de investigación a cada una de ellas: mirar, escuchar y escribir. Mirar y escuchar es clave en toda investigación realizada desde la cultura del Otro y requiere de una cierta disciplina. Por su parte, la escritura, como afirma Geertz (1988), implica una segunda etapa concreta y cognitiva. Como vemos, en las monografías del campo se da una instancia metateórica en la que se pone en juego la subjetividad del etnógrafo.

A diferencia de los trabajos anteriores, el artículo de Ángel Palerm estudia la complejidad que resulta de la enseñanza del trabajo antropológico en los espacios universitarios. En este sentido, considera que para aprender

sobre trabajo de campo se debe priorizar la experiencia y lo vivencial frente al debate teórico-metodológico. Como conclusión, el campo debe ser entendido como el aula, donde se da el proceso de aprendizaje. Esta primera parte es de gran utilidad para un acercamiento inicial al debate teórico acerca de las modalidades de investigación antropológica, donde se problematizan las complejidades que resultan de la enseñanza y su didáctica.

La siguiente sección, “La singularidad etnográfica”, reúne cinco aproximaciones al quehacer etnográfico. Aunque presentan perspectivas diversas, podemos encontrar ciertos vínculos entre ellas, específicamente en lo que refiere a la observación participante como método excepcional de la Antropología. De igual manera, en la actualidad este método es abordado en estudios sociológicos, arqueológicos, históricos, psicológicos y literarios. Debemos aclarar que las investigaciones de Gilberto Velho y Mariza Peirano están en portugués.

Uno de los aportes del segundo apartado corresponde a Esteban Krotz, quien en “El caminar antropológico: ensayo sobre el trabajo de campo y su enseñanza”, al igual que Hermitte y Cardoso de Oliveira, destaca la importancia de la observación participante y de la toma de posición frente a la realidad, lo que implica una *opción práctica* intrínseca al trabajo antropológico. El autor analiza la existencia de un conjunto etnográfico de tres elementos: 1) no hay neutralidad valorativa frente al objeto de estudio, 2) el antropólogo se encuentra inmerso en los procesos que analiza, y 3) el investigador ve a la sociedad como injusta.

Gilberto Velho presenta una interesante reflexión acerca de las diferencias entre la distancia física y psicológica con el fin de observar lo familiar. Según el autor, el trabajo antropológico es lo que permite comprender lo profundo de los sistemas sociales, por lo que los conceptos de distancia-cercanía y exótico-familiar son relativizados. De esta manera, comprende a la Antropología como una disciplina interesada en las transformaciones que resultan de vínculos y decisiones cotidianos.

El trabajo de José Alejos García es distinto a los anteriores. Sustentado en los aportes de la teoría de la dinámica del lenguaje de Bajtín, en “Etnografía y lenguaje. Discurso, identidad y tradición oral”, el autor hace de la lengua una vía de acceso a la cultura. García aboga por una comprensión creativa de la sociedad al problematizar el vínculo identidad-lenguaje. El primer término del par es considerado un fenómeno socio-histórico producto de un vínculo en un espacio y tiempo determinados, y, por tanto, el lenguaje por su condición dialógica es abordado como un vehículo de entendimiento mutuo.

Retomando el vínculo entre teoría antropológica y lenguaje, Mariza Peirano en “A eterna juventude da antropologia: etnografia e teoria vivida” las concibe como las bases del estudio etnográfico. En este trabajo la autora historiza las posturas teóricas etnográficas desde mediados del siglo XX hasta la actualidad. Para eso, analiza la etnografía retomando los aportes de Guber (2011) como una teoría en acción, por lo que la práctica etnográfica *es* teoría y reflexión.

Como cierre de esta segunda sección y en un fluido diálogo con los aportes de Esteban Krotz y Mariza Pei-

rano, Julieta Quirós propone crear una etnografía viva y *desintelectualizada*. Para la autora la antropología implica inmiscuirse de lleno en el mundo social a estudiar; por lo que la etnografía es una *política vivida*. Quirós invita a la creación conceptual relacionada con las expresiones locales, para que las monografías cuenten con un lenguaje claro y llano.

La sección III se titula “Investigadores”, y en ella encontramos interesantes aportes para reflexionar sobre el lugar que ocupa el investigador en la antropología. Esta parte cuenta con un prólogo de Rosana Guber y continúa con cuatro artículos que presentan como eje articulador la subjetividad del investigador en el relato monográfico del trabajo de campo. Por tanto, los aportes de Bourdieu (1992) sobre la sociología reflexiva son interesantes para incorporar la identidad del etnógrafo en los relatos escritos.

Uno de los estudios de esta sección es el de Onésimo Rodríguez Aguilar “Y nosotros, ¿qué ganamos?: identificaciones en el trabajo de campo etnográfico con cuadrillas juveniles en Costa Rica”. En esta investigación se abordan las tensiones que resultan de la posición investigador-extraño, que llevó a que el autor abandonara una de las cuadrillas de Guararí. Rodríguez Aguilar reflexiona acerca de la necesidad de establecer vínculos de respeto con la sociedad.

En sintonía con este aporte, otro de los trabajos de esta sección es el de Juan Skewes, titulado “La etnografía como trayectoria: inflexiones necesarias en terrenos difusos”. En este artículo la etnografía es vista como transformadora en la vida personal del investigador, donde la subjetividad se transforma con la experiencia del campo y genera nuevos modos de ser.

Cercano a estos aportes, Luis Cayón en “Creciendo como un pensamiento jaguar. Reflexiones sobre el trabajo de campo y la etnografía compartida en la Amazonia colombiana” considera que el etnógrafo debe forjar espacios de comprensión mutua entre investigador y nativo para darle protagonismo a las voces invisibilizadas. En este sentido, señala una conexión entre práctica antropológica y activismo político; lo que se llama “mitancia informada”.

Para finalizar con este volumen, la sección IV titulada “Enseñar etnografía en el campo y la ciudad” está compuesta por cuatro trabajos. Ellos abordan, de manera interrelacionada, la enseñanza del método etnográfico en áreas urbanas, por lo que estos aportes resultan esclarecedores para estudiar nuevas metodologías complementarias a la observación participante.

El artículo de Jeanine Anderson Roos “La etnografía en equipo: experiencias peruanas” está íntimamente vinculado con el de Angela Giglia “Cómo hacerse antropólogo en la Ciudad de México. Autoanálisis de un proyecto de trabajo de campo”. El primero presenta las dinámicas de un proyecto de investigación de diez estudiantes, a partir de las cuales la autora retoma las dificultades y riquezas que resultan del acuerdo de objetivos, del análisis profundo con un mismo enfoque y, además, de la integración de los datos recabados. Giglia enfatiza la necesidad de forjar espacios de autoanálisis sobre la experiencia del campo en las universidades, con el obje-

to particular de problematizar los procesos de segregación en la ciudad.

Cornelia Eckert y Ana Luíza Carvalho da Rocha en “Etnografía de y en la calle: estudio de antropología urbana” estudian el concepto de ciudad retomando los aportes provenientes de la Escuela de Chicago. Como la base de sus investigaciones resulta de la descripción de lo observado en espacios públicos, la observación participante como la concibe Hermitte resulta inviable.

El último trabajo de este tomo es “Reflexiones en torno al uso de metodologías cualitativas en contextos urbanos: la observación flotante y los relatos espaciales en la comprensión de la vida urbana” de Francisca Pérez Pallares. La autora considera la *observación flotante* como un complemento de la observación por medio de la participación.

Es importante destacar la necesidad de compilaciones como esta cuyo objetivo es estudiar la otredad cultural a partir del diálogo reflexivo y sostenido entre los investigadores. Al mismo tiempo, el análisis de este trabajo pone de manifiesto la dificultad que implica sostener un compromiso político y epistemológico con otras culturas, es decir, la complejidad intrínseca del trabajo y la reflexión en las disciplinas humanas. La organización de esa investigación es clara y apropiada, fundamental para facilitar la lectura a estudiantes universitarios iniciados recientemente en la carrera académica.

Paula Rossi

Laboratorio de Arqueología Regional Bonaerense
Facultad de Humanidades
Universidad Nacional de Mar del Plata
rossi.paula28@gmail.com

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre; Wacquant, Loïc J. D. (1982). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Madrid: Siglo XXI Editores de España.
- Geertz, Clifford (1988). *Works and lives: the anthropologist as author*. Stanford: Stanford University Press.
- Guber, Rosana (2011). “¿Enseñar trabajo de campo o enseñar a investigar? El descubrimiento etnográfico de Esther Hermitte en los Altos de Chiapas”. *Sur de México*, 1(2): 21-30.
- Krotz, Esteban (1993). “La producción de las antropologías en el Sur: características, perspectivas, interrogantes”. *Alteridades* 3(6):5-11. Versión modificada publicada en 1997 como “Anthropologies of the South. Their rise, their silencing, their characteristics”. *Critique of Anthropology*. 17(3): 237-251.